



# THICH NHAT HANH

Volviendo  
a casa

El camino común  
de Buda y Jesús

THICH  
NHAT  
HANH

Volviendo a  
casa

El camino común  
de Buda y Jesús

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Going Home*

Primera edición publicada por Ediciones Oniro en 2001

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2021

© 2001, Unified Buddhist Church, Inc.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse por ningún medio, electrónico o mecánico, ni por ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito de la Unified Buddhist Church, Inc.

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Riverhead Books, a member of Penguin Group (USA), a Penguin Random House Company.

© de la traducción, Nuria Martí, 2001

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.zenitheditorial.com](http://www.zenitheditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-08-24499-8

Depósito legal: B. 11.107-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## SUMARIO



Introducción, 9

1. El nacimiento de la comprensión, 15
2. Volviendo a casa, 51
3. Dejemos que el niño nazca en nosotros, 77
4. Buscando el cuerpo del Dharma,  
el cuerpo de la verdad, 117
5. El significado del amor, 149
6. Jesús y el Buda como hermanos, 175

## EL NACIMIENTO DE LA COMPRENSIÓN



Queridos amigos, hoy es el veinticuatro de diciembre de 1995. Estamos en el Lower Hamlet, en nuestro Retiro de Invierno.

Hay cosas de las que disponemos las veinticuatro horas del día, pero depende de nosotros el poder disfrutarlas. El aire fresco está a nuestra disposición las veinticuatro horas del día. Pero la pregunta es si somos conscientes de su existencia y tenemos tiempo para disfrutar de él. No podemos culparlo de no estar ahí. Debemos mirar atrás para averiguar si aprovechamos la oportunidad y el tiempo para ser conscientes de él y disfrutarlo. Una de las condiciones que nos ayuda a que seamos libres de gozar de lo que está a nuestro alcance, es nuestra capacidad de ser conscientes. Si no lo somos, nada estará presente. No podremos gozar de la belleza del sol, del aire fresco, de las estrellas, la luna, la gente, los animales ni los árboles.

Hay un escritor francés llamado André Gide que dijo que Dios está a nuestro alcance las veinticuatro ho-

ras del día. Dios es felicidad. Dios es paz. ¿Por qué no gozamos de Él? Porque no somos libres. Porque nuestra mente no está ahí. No tenemos la capacidad de sentirlo o de disfrutar de Él o Ella. La práctica de ser conscientes nos ayuda a ser libres para gozar de lo que tenemos.

### *Dos realidades*

Hay dos niveles de relaciones. El primer nivel es la relación que existe entre nosotros y los otros seres. En el cristianismo circula la expresión «teología horizontal». Esta clase de teología nos ayuda a ver y sentir lo que tenemos a nuestro alrededor. La teología horizontal nos ayuda a establecer vínculos con lo que nos rodea, incluyendo los seres humanos, los animales, los vegetales y los minerales. Nuestra práctica diaria debe ayudarnos a estar en contacto con esos seres, animados o inanimados, porque al estar en contacto con ellos seremos capaces de estar en contacto con Dios.

Estar en contacto con Dios se simboliza por una línea vertical llamada «teología vertical». Ésas son las dos dimensiones. Si no conseguís estar en contacto con la dimensión horizontal, no podréis estarlo con la vertical. Existe una relación entre la horizontal y la vertical. Hay un interser entre ambas. Si no podéis amar a las personas, los animales y las plantas, sin duda no

podréis amar a Dios. La capacidad de amar a Dios depende de vuestra capacidad de amar al género humano y a las otras especies.

*Esto es, porque aquello es*

Vamos a visualizar el océano con sus innumerables olas. Imaginad que somos una ola en el océano y que estamos rodeados de muchas, muchísimas olas. Si la ola se observa profundamente a sí misma, descubrirá que está ahí gracias a la presencia de las otras olas. El hecho de elevarse y descender, de crecer y disminuir, depende por entero del estado de las demás. Al observaros a vosotros mismos percibís la totalidad, lo percibís todo y comprendéis que estáis condicionados por cuanto os rodea.

En las enseñanzas del Buda aprendemos que «esto es, porque aquello es». «Esto es de esta manera porque aquello es de aquella manera.» Es una enseñanza muy sencilla pero profunda. Como las otras olas existen, esta ola existe. Como las otras olas son de aquella manera, esta ola es de esta manera. Al percibiros a vosotros mismos, percibís el todo. Cuando sois capaces de percibiros profundamente, estáis percibiendo profundamente a los demás y a la otra dimensión, la dimensión de la realidad absoluta.

Una ola está hecha de otras olas. Podéis descubrir

la relación que existe entre esa ola y las demás con el principio de causa y efecto. Pero hay además otro nivel de relación, y es la relación que existe entre la ola y el agua. La ola es consciente de que está hecha de otras olas y, al mismo tiempo, descubre que también está hecha de agua. Para ella es muy importante percibir el agua, la base de su ser. Y entonces comprende que las demás olas también están hechas de agua.

En el budismo se emplea la palabra «fenómenos» (*dharmalakshana*). Vosotros, yo, los árboles, los pájaros, las ardillas, el arroyo, el aire, las estrellas, todo son fenómenos. Hay una relación entre un fenómeno y otro. Si observamos las cosas profundamente, descubriremos que una cosa contiene a todas las demás. Si observáis a fondo un árbol, os daréis cuenta de que no sólo es un árbol, sino también una persona. Una nube. El sol. La Tierra. Es los animales y los minerales. La práctica de observar profundamente nos revela que una cosa está hecha de todas las demás. Una cosa contiene a todo el cosmos.

Cuando sostenemos una rebanada de pan para comerlo, si lo hacemos de manera consciente, el Espíritu Santo está allí, podemos ingerirla de manera que nos permitirá percibir el cosmos entero profundamente. Una rebanada de pan contiene el sol, no es algo difícil de ver. Sin el sol la rebanada de pan no podría existir. Contiene también una nube, ya que sin ella no podría crecer. Así que cuando coméis la rebanada de pan, es-



táis comiendo la nube, el sol, los minerales, el tiempo, el espacio, todo.

Una cosa contiene todas las demás. Con la energía de la plena consciencia podemos ver profundamente. Y con el Espíritu Santo, también. El ser conscientes es la energía del Buda. El Espíritu Santo es la energía de Dios. Ambas energías tienen la capacidad de hacer que estemos presentes, plenamente vivos, que comprendamos y amemos profundamente. Por eso en nuestra vida cotidiana debemos vivir siendo conscientes, debemos vivir con el Espíritu Santo para poder vivir cada momento de nuestra vida profundamente. Si no vivimos cada momento profundamente no podremos percibir la dimensión absoluta, la dimensión del noúmeno.

Parece como si la ola y el agua fueran dos cosas distintas, pero en realidad son sólo una. Sin agua, la ola no existiría, y si eliminamos la ola, el agua desaparecerá. Hay dos niveles y dos clases de relaciones. Cuando hablamos de causa y efecto, hemos de conocer de qué nivel estamos hablando. ¿Se trata del nivel fenoménico o del nouménico? Es muy importante no mezclarlos.

En Asia hay dos escuelas budistas, llamadas *Madhyamika* y *Dharmalakshana*, que conceden una gran importancia a la contemplación por separado del nivel nouménico (el de la verdadera naturaleza) y las cosas que se revelan a sí mismas al nivel fenoménico. La escuela *Madhyamika* enseña la vacuidad, la *sunyata*; y la

escuela Dharmalakshana, los aspectos fenoménicos de la realidad. Esta última nos anima a percibir el mundo fenoménico, y la escuela Madhyamika, en cambio, a comprender con más profundidad el mundo nouménico. La escuela Madhyamika nos anima a percibir el agua, y la escuela Dharmalakshana, las olas. Ambas mantienen que no se debe mezclar la relación entre una ola con otra y la relación entre la ola y el agua. Lo nouménico y lo fenoménico debe observarse y contemplarse por separado. Como es natural, hay una relación entre el agua y la ola, pero es muy distinta de la relación que existe entre las olas y las olas. Esto es muy importante. Cuando decimos que esta ola está hecha de todas las otras olas, estamos relacionándonos con el mundo fenoménico. Estamos hablando de causas y efectos en cuanto a los fenómenos. Pero cuando decimos que esta ola está hecha de agua es algo muy distinto. Al separar las dos relaciones nos ahorramos una enorme cantidad de tiempo, tinta y saliva.

Cuando decimos que el género humano fue creado por Dios, estamos hablando de la relación que existe entre el agua y la ola. Dios no creó al hombre del mismo modo que el carpintero crea una mesa. Todos nuestros amigos cristianos estarían de acuerdo con ello. La forma en que Dios creó el cosmos fue muy distinta. No se pueden mezclar las dos dimensiones. No se puede considerar a Dios como una de las cosas que actúan en el reino fenoménico. Hay muchos teólogos

que son capaces de comprenderlo. Paul Tillich dijo que «Dios es la base del ser». La «base del ser» es un aspecto nouménico de la realidad. En el mundo fenoménico Dios no es un ser. Él o Ella es la base del ser. Para los cristianos y budistas no debería suponer ninguna dificultad estar de acuerdo sobre este punto.

Podemos hablar acerca del mundo fenoménico, pero es muy difícil hablar sobre el mundo nouménico. Es imposible usar nuestros conceptos y palabras para describir a Dios. Los adjetivos y nombres que usamos para describir las olas no podemos usarlos para describir a Dios. Podemos decir que esta ola es alta o baja, grande o pequeña, hermosa u horrible, que tiene un principio y un fin. Pero todas esas nociones no pueden aplicarse al agua. Dios no es pequeño ni grande. No tiene principio ni fin. No es más o menos bello. Las ideas que empleamos para describir el mundo fenoménico no pueden aplicarse a Dios. Así que es muy inteligente no decir nada sobre Dios. Para mí el mejor teólogo es aquel que nunca habla de Él.

No poder hablar sobre Dios no significa que no podamos alcanzarlo. Yo estoy de acuerdo con André Gide cuando dijo: «Dios está disponible las veinticuatro horas del día». La pregunta es si sois capaces de percibirlo las veinticuatro horas del día. Quizá no lo percibáis en absoluto durante todo ese tiempo.

*Percibiendo a Dios, percibiendo el nirvana*

Tanto en las prácticas cristianas como budistas, si no sois capaces de percibir el mundo fenoménico con la suficiente profundidad, será muy difícil o imposible percibir el mundo nouménico, la base del ser. Pero si sabéis que el aire fresco está ahí, si podéis percibirlo profundamente y gozar de él, tendréis la oportunidad de percibir su *base*. Es como la ola percibiendo el agua. La práctica de percibir las cosas profundamente al nivel horizontal nos da la capacidad de percibir a Dios, de percibir el nivel nouménico o la dimensión vertical.

Sabemos que la ola es el agua y que el agua es la base de la ola. La ola sufre porque olvida este hecho fundamental. Cuando se compara con otras olas, sufre. Siente ira, envidia y miedo porque es incapaz de percibir la base de su ser, que es el agua. Si la ola es capaz de percibir profundamente el agua, la base de su ser, trascenderá el miedo, la envidia y cualquier tipo de sufrimiento.

Al percibir esta dimensión absoluta, obtenemos el mayor alivio que existe. Debemos practicar en nuestra vida diaria para poder percibir la dimensión absoluta. Podéis percibirla mientras bebéis una taza de té o practicáis la meditación caminando. Podemos percibir el mundo nouménico percibiendo el mundo fenoménico profundamente.

En el budismo hablamos de nirvana. Se supone que no debemos hablar del nirvana porque pertenece al nivel nouménico en el que todas las nociones, conceptos y palabras son inadecuados. Lo máximo que podemos decir del nirvana es que trasciende todas las nociones y conceptos.

En el mundo fenoménico, vemos que hay nacimiento y muerte. El venir y el ir, el ser y el no-ser. Pero en el nirvana, que es la base del ser que equivale a Dios, no hay nacimiento, ni muerte, ni venir ni ir, ni ser ni no-ser. Debemos trascender todos estos conceptos.

¿Es posible percibir el nirvana? La realidad es que vosotros sois el nirvana. Está a vuestro alcance las veinticuatro horas del día. Es como la ola y el agua. No debéis buscarlo en ninguna otra parte ni en el futuro, porque vosotros sois el nirvana. Él es la base de vuestro ser.

Una manera de percibir el mundo del no-nacimiento y la no-muerte es percibir el mundo del nacimiento y la muerte. Vuestro propio cuerpo contiene el nirvana. Vuestros ojos, nariz, lengua, cuerpo y mente contienen el nirvana. Si los observáis profundamente podéis percibir la base de vuestro ser. Si creéis que sólo podéis percibir a Dios abandonando todo lo de este mundo, dudo que lo consigáis. Si buscáis el nirvana rechazando todo cuanto os rodea, en concreto la forma, las sensaciones, las percepciones, las formaciones

mentales y la conciencia, no podréis percibir el nirvana de ningún modo. Si elimináis las olas, no habrá agua alguna que percibir.

*No es una persona, pero tampoco deja de serlo*

El primer principio que hay que recordar es que no debemos mezclar el nivel fenoménico con el nivel nouménico. No debemos hablar del nirvana o de Dios en términos de fenómenos. Eso nos ahorrará tiempo y energía. Al discutir si Dios es una persona o no lo es, estáis intentando comparar la base del ser con una expresión a nivel fenoménico. Estáis cometiendo un error. ¿Por qué perder vuestro tiempo discutiendo sobre si Dios es una persona o no, o si el nirvana es personal o impersonal?

Teilhard de Chardin, el científico y teólogo francés, dijo en una ocasión que el cosmos es profundamente personal y personalizador, que está constantemente en el proceso de personalizar. Pero quedó atrapado en el conflicto entre lo personal y lo no-personal, lo cual es una manera dualista de pensar. Su modo de pensar supone que son dos cosas distintas. Una es la persona y la otra la no-persona. Es la suposición de que todo lo que no es una persona, es una no-persona. Ésa es la dualidad en la que él quedó atrapado. Mucha gente se pregunta si Dios es una persona o no lo es. Los teó-

logos y algunos de nosotros nos esforzamos por encontrar la respuesta. Pero podemos ahorrarnos mucha energía reconociendo que esto no sirve de nada, porque sabemos que si deseamos percibir profundamente la base de nuestro ser, debemos trascender todos los conceptos.

Cuando preguntamos: «¿Dios es una persona o no lo es?, nos perdemos. En realidad, Dios no es una persona ni es una no-persona. Hay un teólogo alemán que lo expresa de una manera muy bella: «Dios no es una persona, pero tampoco deja de serlo». Es una afirmación muy zen. ¿Por qué tenemos que encerrar a Dios en una de esas dos nociones: persona y no-persona? ¿Necesitamos realmente definir a Dios así?

En la visión budista no hay una línea que separe ambos conceptos. La persona contiene a la no-persona y la no-persona contiene a la persona. En el cristianismo se dedica mucho tiempo y energía a discutir si Dios es una persona o no lo es, pero en el budismo esto no supone un gran problema, porque sabemos que una persona está hecha de elementos no-persona y viceversa. Al observar a una persona podemos ver en ella elementos no-persona de animales y plantas. Cuando la observamos podemos ver ya al Buda. No necesitáis que el Buda se manifieste a través de vuestra percepción para aceptar que existe, porque vosotros podéis ya ver el limón en la flor del limonero.

Si deseáis penetrar a fondo la realidad, debéis aban-

donar las nociones. Podemos decir que una ola es alta o baja, que es más o menos bella, que está viniendo o yendo, que está naciendo o muriendo, pero no podemos usar estas nociones para hablar sobre el agua. Así que ¿por qué gastar tanto tiempo y energía discutiendo acerca de si Dios es una persona o no lo es?

### *Más allá de las formas*

En mi opinión el diálogo entre el budismo y el cristianismo no ha ido demasiado lejos porque no hemos sido capaces de establecer una sólida base para dicho diálogo. La siguiente reflexión describe la actual situación:

Los budistas creen en la reencarnación, en la posibilidad para los seres humanos de vivir varias vidas. En los círculos budistas no se usa demasiado la palabra reencarnación, sino *renacimiento*. Después de morir uno puede renacer y tener otra vida.

En el cristianismo hay una única vida, una sola oportunidad para alcanzar la salvación. Si se desperdicia, ésta nunca se alcanzará, puesto que sólo hay una vida.

El budismo enseña el sin-sí mismo, *anatta*.

El cristianismo enseña claramente que el cristiano es personalista. No sólo sois una persona, un yo, sino que Dios es una persona, tiene un yo.



Las enseñanzas budistas sobre la vacuidad y la no-sustancialidad suenan como las enseñanzas del no-ser.

El cristianismo habla del ser, de la existencia. Las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino hablan de la filosofía del ser, *la philosophie de l'être*, la confirmación de que el mundo existe.

En el budismo hay la compasión y la amorosa bondad, que muchos cristianos creen que son distintas de la caridad y el amor cristiano. La caridad tiene dos aspectos: el amor dirigido a Dios y el amor dirigido al género humano. En el cristianismo uno debe aprender a amar a su enemigo. Nuestros amigos cristianos tienden a recordarnos que la motivación del amor cristiano es distinta de la del budista. Hay teólogos que dicen que los budistas practican la compasión sólo porque desean liberarse; que en el fondo no les importa el sufrimiento de los demás ni el de los seres vivos; que sólo están motivados por el deseo de alcanzar la liberación. En el cristianismo el amor se basa en Dios. Amamos a Dios, y como Dios dijo que debemos amar al prójimo, amamos a éste. El amor que sentimos por el prójimo surge de la base del amor que sentimos por Dios.

Mucha gente, en especial en los círculos cristianos, dice que el cristianismo y el budismo tienen cosas en común. Pero muchos creen que las bases filosóficas del cristianismo y del budismo son muy distintas. El budismo enseña que existe el renacimiento, que hay muchas vidas. El cristianismo, en cambio, que sólo

hay una. El budismo enseña que no hay un yo, el cristianismo, en cambio, enseña que hay un verdadero yo. El budismo enseña la vacuidad, la no-sustancialidad, mientras que el cristianismo confirma el hecho de la existencia. Si la base filosófica es tan distinta, la práctica de la compasión y de la amorosa bondad en el budismo y la de la caridad y el amor cristiano son distintas. Pero todas esas conclusiones parecen proceder de una visión muy superficial. Si tenemos tiempo y practicamos nuestra tradición lo suficientemente bien y con la debida profundidad, veremos que estos problemas no son reales.

En primer lugar hay muchas formas de budismo, muchas maneras de comprenderlo. Si hay cien personas practicándolo, podemos tener cien formas de practicar budismo. Lo mismo ocurre con el cristianismo. Si hay cien mil personas practicándolo, puede haber cien mil maneras de comprenderlo.

En Plum Village, lugar donde mucha gente procedente de diferentes tradiciones religiosas viene a practicar, no es difícil ver que a veces un budista reconoce que un cristiano es más budista que otro budista. Yo veo a un budista, pero la manera en que él comprende el budismo es muy distinta de la mía. Sin embargo, al contemplar a un cristiano, veo que la forma en que él comprende el cristianismo y practica el amor y la caridad se parecen más a mi manera de practicar que la de aquella otra persona que se llama a sí misma budista.

Lo mismo ocurre en el cristianismo. De vez en cuando, sentís que estáis muy lejos de vuestro hermano cristiano, que el hermano que practica en la tradición budista se parece más a vosotros como cristiano. De modo que ni el budismo es budismo ni el cristianismo, cristianismo. Hay muchas formas de budismo y muchas maneras de comprender el budismo. Hay también muchas formas de comprender el cristianismo. Olvidemos, pues, la idea de que el cristianismo debe ser de esta manera y el budismo de esa otra.

Con esto no quiero decir que el budismo sea una especie de cristianismo y el cristianismo una especie de budismo. Un mango no puede ser una naranja. No puedo aceptar el hecho de que sea una naranja. Son dos cosas distintas. Las diferencias deben conservarse. Es bonito tenerlas. *Vive la différence*. Pero al observar a fondo el mango y la naranja descubrimos que aunque sean distintos, los dos son frutas. Si analizamos el mango y la naranja con suficiente profundidad, veremos que los dos tienen los mismos elementos, como el sol, las nubes, el azúcar y el ácido. Si dedicamos tiempo a observarlos con la suficiente profundidad, descubriremos que la única diferencia entre ellos está en el grado, en el énfasis. Al principio vemos las diferencias que existen entre la naranja y el mango, pero si las observamos con un poco más de profundidad, descubriremos que tienen muchas cosas en común. La naranja tiene ácido y azúcar y el mango también. Incluso dos naran-

jas no saben igual, una puede ser muy ácida y la otra muy dulce.

*Observar profundamente:  
ser consciente y la presencia de Dios*

A nuestros amigos cristianos y judíos les gusta hablar sobre hacerlo todo en la vida cotidiana en presencia de Dios. Cuando encendéis una vela, ingerís una comida, abrazáis a vuestro hijo o habláis con el vecino, en vuestra vida diaria lo hacéis todo como si Dios os estuviera escuchando, como si os estuviera viendo y conociera vuestras acciones. Lo hacéis todo como si Dios estuviera presente.

La palabra *ser consciente* no se usa en los círculos cristianos ni judíos porque es un término budista. ¿Qué significa? Significa estar atentos a cualquier cosa que hagamos en la vida cotidiana. Es como una especie de luz que ilumina todos vuestros sentimientos, acciones y palabras. La plena consciencia es el Buda. Equivale al Espíritu Santo, a la energía de Dios.

*La supervivencia de la posibilidad*

Observemos ahora la naturaleza de la impermanencia. No creo que nuestros amigos cristianos ignoren la na-

turalidad impermanente de las cosas. Nacéis, crecéis y el cuerpo, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia están cambiando cada día. Cuando tenéis cinco años sois distintos de cuando teníais dos, no sólo en relación a vuestro cuerpo, sino también a las sensaciones, percepciones, etcétera. Todo cambia.

No sólo cambia vuestro cuerpo físico sino también la mente. Esta observación nos conduce a la percepción de que no existe una entidad permanente que podáis llamar un *sí mismo*. En los cinco elementos no hay nada con lo que nos identifiquemos que no cambie. Los cinco elementos son: el cuerpo, las sensaciones, las percepciones, otras actividades mentales y la conciencia. Siempre están cambiando. Es cierto que a lo largo de vuestra vida conserváis el mismo nombre —David o Angelina— pero vosotros estáis cambiando todo el tiempo. Sólo es el nombre lo que no cambia. Cuando una persona se vuelve más encantadora, su nombre suena también más encantador.

La impermanencia es la realidad de las cosas en el mundo fenoménico. Es una percepción tanto de Oriente como de Occidente. «Nadie puede bañarse dos veces en el mismo río» es una percepción occidental. Mientras estaba sobre un puente Confucio dijo en una ocasión: «Fluye constantemente día y noche». Es la misma clase de visión. Si todo es impermanente, nosotros no podemos ser una entidad permanente. Esto es lo que signi-

fica el sin-sí mismo. No está negando a la persona o la existencia, puesto que aunque carezcamos de un yo, seguimos siendo una persona con cuerpo, sensaciones, percepciones, formaciones mentales y conciencia. Seguimos siendo una persona, pero una persona sin un yo separado.

¿Hay algo que tenga un yo separado? No. Un árbol que crezca en la entrada de un patio no tiene un yo separado. Sin sol, sin nubes, sin aire, sin minerales un árbol no puede existir. Un árbol está hecho de elementos no-árbol. Como no tiene una existencia separada, decimos que no tiene un yo. El yo del árbol está hecho del yo de elementos no-árbol.

No debemos quedar atrapados en las palabras. Ahora vamos a percibir la realidad profundamente y a trascender las palabras. La persona sólo puede existir porque carece de yo. Gracias a la impermanencia y a la ayoidad, todo es posible, incluida esa persona.

En Inglaterra un señor que estudiaba budismo no dejaba de repetir que todo era impermanente. Siempre decía quejándose a su hija que las cosas eran impermanentes. Un día su hija le dijo: «Papá, si las cosas no fueran impermanentes, ¿cómo podríamos crecer?». Es una afirmación muy inteligente. Para que la hija pudiera crecer, las cosas tenían que ser impermanentes, de lo contrario siempre tendría doce años. Así que la impermanencia es la condición básica de la vida. Gracias a ella todo es posible.